

Gonzalo Mera

Francia y el resurgimiento de su poesía

Londres, marzo.



A poesía, cuanto a relación entre el poeta y el público, puede definirse como la fórmula—posiblemente perfecta—de una experiencia espiritual digna de ser comunicada. Para que esta premisa se estatuya es necesario, de una parte, que el poeta sea sincero y le dé a su obra el carácter de autenticidad exigido por la corriente poética imperante, y, de otra, que el público sea receptivo, es decir, reconozca el valor de la vida espiritual; pues, infortunadamente, con antelación a la guerra, la poesía fué supeditada por el sistema de los valores materialistas.

El mundo burgués no le acordaba ninguna importancia social al poeta. Este divorcio entre la civilización capitalista y los valores poéticos se hizo sentir de un modo especial durante el curso del siglo XIX. Esto explica, en gran parte, el carácter de su poesía. En efecto, el poeta, incapaz de renunciar a la legitimidad de su vida espiritual y consciente al mismo tiempo de su desvalorización social y de la falsedad de los valores reconocidos como espirituales, hubo de recurrir a una fórmula cualquiera de evasión. Sea que se haya esforzado en crear un mundo de valores poéticos independientes, sea que se haya li-

brado al juego verbal de una poesía «diciéndose pura», sea que haya vuelto deliberadamente la espalda a una realidad hostil, para explorar los territorios de la sub-realidad, en el hecho se contrajo a escribir una poesía inaccesible a la masa. Esta condición, contraria a la verdadera naturaleza de la poesía, condena a permanecer parcialmente incomunicable y a manifestarse con un acento doloroso, que llegó hasta la tragedia y la angustia, sin excluir el drama, entre los más notables de sus estros. Por ejemplo: Gérard de Nerval, Baudelaire, Rimbaud,

El hermetismo de la poesía moderna, no es más que la respuesta resentida del poeta a su expulsión de la ciudad. Es el signo más nítido de la incompatibilidad entre lo espiritual y una civilización fundada sobre el lucro,

Esta disensión acaba de resolverse en Francia, por medio de la revolución subjetiva en que dicho país afínca al presente su salud. El poeta, como en todas las épocas clásicas de la literatura universal, entra nuevamente a compartir el esfuerzo profundo y espiritual de la colectividad en crisis. Manifiesta una vez más su vocación, como es la de expresar mejor que nadie los sentimientos de todos. De aquí el carácter de resurgimiento, de rehabilitación y de honor recuperado, que distingue la eclosión poética de Francia, paralelamente al cariz trágico de la realidad que representa.

Examinando someramente, las etapas de la reconciliación poética-social, puede verse que del momento mismo que la debacle francesa invitó a la sociedad a replegarse dentro de sí, favoreció las condiciones que determinaron el renacimiento de la poesía. Los franceses, súbitamente despojados de las ventajas materiales que disimulaban la falencia fundamental de un régimen político, se tornaron hacia los bienes que ningún invasor podía arrebatárles: la riqueza de la vida interior. Les bastaba, para ello, de reanudar una tradición olvidada, un hábito lamentablemente perdido.

Este recogimiento, esta «entrada en poesía», como tan felizmente la designa André Gide, presentaba, sin embargo, un cierto peligro. La admiración del pasado cultural de Francia, podía tomar la forma de una desesperanza estéril y la admisión antojadiza del letargo de los valores espirituales. Tal era, en síntesis, la médula de la «resignación» predicada por Vichy, a través de lamentaciones seniles, que trataban mañosamente de confundir el fracaso de la civilización burguesa con el crepúsculo (inexistente) de una cultura nacional.

Pero no faltaron voces legítimas que elevaran prestamente el registro, desde el tono plañidero por una Itálica ideal en ruinas, hasta alcanzar el alto y vibrante diapasón de un alumbramiento doloroso, si se quiere, aunque pleno de renovada lozanía. Por ejemplo: Emmanuel, Aragón y otros.

Emmanuel, saturado de promisoras vibraciones místicas. Aragón, alborado—cuanto a antítesis de crepúsculo—en su ferviente credo patrio, pletórico de luz, como el propio mediodía de su tierra.

Cada verso de esta nueva poesía, es un sarmiento ardiente del himno de resurrección que contiene, porque no en vano ha dicho el propio Louis Aragón:

«Vous pouvez condamner un poète au silence
Et faire d'un oiseau du ciel un galérien
Mais pour lui refuser le droit d'aimer la France
Il vous faudrait savoir que vous n'y pouvez rien».